

Platón que nutrían su espíritu de altos pensamientos y de fresca poesía. «He aquí ya la primavera, escribía á un amigo: las hojas brotan en los árboles; las golondrinas llegan y van á hacer salir al soldado de su albergue y á enviarlo más allá de las fronteras.» A otro decía: «He tomado un camino sombreado, por donde corren risueños arroyos. A la hora del reposo he hecho alto y respiro bajo el follaje de los plátanos y cipreses, leyendo el *Fedro de Mirrina* ú otro diálogo del divino Platón.»

Había dado cita á sus tenientes en la ciudad de Carres, que situada allende el Eufrates, en el camino de Nísibe, podía dejar al enemigo en la incertidumbre sobre la dirección que los romanos seguirían. Hizo de sus fuerzas dos ejércitos: diez y ocho mil hombres (1) al mando de su deudo Procopio tomaron directamente al Este para penetrar en la Mesopotamia, maniobrar á la orilla izquierda del Tigris y desde allí torcer al Sur en dirección de Tesifonte: el rey de Armenia, Arsaces, recibió la orden de llevar á Procopio sus contingentes. Pero Juliano rechazó la pretensión de los sarracenos, que ofrecían su asistencia á condición de que se les continuaran pagando los antiguos subsidios. «No tengo oro, les contestó; sólo tengo hierro.» Y los despidió. Con la flota y el principal cuerpo de ejército descendió el Eufrates (2), río que debía conducirle á una región que no era el centro del Estado enemigo, pero que por sus cultivos era el centro más fértil y productivo, por sus ciudades la región más rica y por sus recuerdos el santuario del país.

Juliano desplegó en esta expedición todos sus talentos militares: la vigilancia de un viejo capitán, el valor de un soldado, hasta matar enemigos con su propia mano, audacia sin embargo moderada por la prudencia, salvo el último día, y una sobriedad que no permitió á nadie murmurar cuando cesó la abundancia.

En todos los encuentros llevaron la mejor parte los romanos; y las plazas fuertes, batidas por poderosas máquinas, fueron tomadas al asalto ó abiertas por minas que conducían á sus muros. Grandes trabajos condujeron el agua al *Nahar Malcha* ó *Malca*, canal abierto del Tigris al Eufrates, que el enemigo había dejado en seco; y la flota que proveía el ejército, y llevaba sus ingenios de guerra, sus heridos y enfermos, le permitió atravesar un país cortado por numerosos canales.

El Tigris, por la parte de Tesifonte, es un río amplio y rápido, y su orilla oriental estaba defendida por las tropas del Surena. A pesar de todos sus oficiales, Juliano ordenó pasarlo. Y se pasó con la mayor audacia; y puesto en fuga el ejército pérsico hubo de refugiarse tras las altas murallas

(1) Amiano Marcelino (XXIII, 3) dice treinta mil hombres; Libanio (*Carta 108*) veinte mil; Zósimo (III, 12) diez y ocho mil; Magno (*Fragm. de los hist. griegos*, t. IV, 4) diez y seis mil, número más probable, porque este cuerpo de ejército no hizo nada. Zósimo (IV, 4) dice expresamente que Procopio debía salir á recibir á Juliano.

(2) Amiano Marcelino señala su camino por la fortaleza de Davana á orillas del Belias, Calínice en el Eufrates y Circesium á la embocadura del Chaboras en el Eufrates. Mas allá de esta ciudad comenzaba la frontera pérsica, defendida por tres plazas fuertes, Zaita, Dara y Anatán, en una isla del río, Tiluta, Arcaicala, Paraxalmaca, Dacira, Ozogardana, que conservaba aun el tribunal en que Trajano había juzgado, Maceprachta, Pirisabora y Maogamalca, á cuyas inmediaciones se encontraban vastos subterráneos, donde se ocultaron los enemigos para sorprender á los romanos á su paso, pero que fueron sofocados con el humo de grandes montones de paja y de sarmientos encendidos. Aquí distaba el ejército 90 estadios de Tesifonte (Zósimo, III, 21). Saco de Marcelino esta nomenclatura de que Sievers (*Studien sur Geschichte der rom. Kaiser*, p. 239-262) ha hecho un estudio particular.

de Tesifonte. La plaza era muy fuerte y se esperaba la llegada de Sapor, cuyo ataque no debía recibir el ejército imperial encerrado en sus líneas. Tal fué el parecer del consejo de guerra «y la razón, dice Amiano, dictaba este parecer.»

Los cercos antiguos eran largos; aquel, dado que hubiera sido feliz, no habría terminado la guerra y luego habría hecho perder al ejército un tiempo precioso. ¿Qué habrían ganado Trajano y Severo con entrar en Tesifonte? Y el mismo Alejandro ¿se hizo dueño del Asia con cercos ó con batallas? La más rica de las provincias pérsicas había sido devastada; la humillación era grande para Sapor, pero conservaba intactas sus fuerzas, y por consiguiente su orgullo. Sólo una batalla podía abatirlo y permitir al emperador terminar su expedición no con una conquista, en que jamás había pensado, sino con el restablecimiento en el trono de los grandes reyes, del príncipe persa Hormisdas, de quien se había hecho acompañar con tal intento.

Juliano se resolvió, pues, á ir á buscar esta victoria, aunque fuera al corazón del imperio enemigo. Era el plan que se había trazado desde el principio de la campaña, puesto que había quemado todas las plazas que tomara á lo largo del Eufrates. Si se hubiera propuesto volver por el camino que había seguido para descender á la Asiria, habría conservado estas fortalezas dejando en ellas guarniciones que hubieran protegido su vuelta.

Habiendo venido á su campamento enviados del rey á proponerle la paz, se confirmó en la idea de que su adversario no se creía capaz de resistirle en campo raso, y se negó á entrar en negociaciones, que en aquellas circunstancias no hubieran podido asegurarle importantes resultados.

En su virtud resolvió remontar hacia el Norte con la esperanza de encontrar en este camino una segunda victoria de Arbela. Esta marcha lo conducía también al encuentro de Procopio, que tenía orden de entrar en el valle del Tigris para darse desde allí la mano con su príncipe.

La Grecia y su historia presentes siempre en su memoria le representaban á Jenofonte, haciendo con diez mil griegos, y después de una derrota, lo que emprendía él con un poderoso ejército y después de una victoria (3). Su marcha al Norte no era, pues, una retirada; la ofensiva continuaba, pero los medios iban á cambiar. La flota venía á ser inútil para una campaña tierra adentro; ni sus galeras, ni sus pesados barcos de carga habrían podido remontar el Tigris, cuya corriente, aun aumentada por el derretimiento de las nieves, deja por todas partes fondos someros que hacen imposible la navegación de abajo arriba.

Juliano quemó sus barcos, aumentando su ejército con los veinte mil hombres que los montaban entre remeros y soldados: sólo conservó para el paso de los ríos veintidós barcos ligeros, que siguieron al ejército en carros.

Amiano Marcelino vituperó esta resolución; Eutropio, que hizo esta campaña, no la siente al parecer; Zósimo la aprueba, y las circunstancias de tiempo y de lugar la justifican (4).

Desde que se movió el ejército en dirección del Norte, comenzaron á aparecer grupos de jinetes persas en las alas

(3) Ciro el Joven había descendido, como Juliano, el valle del Eufrates, hasta dos ó tres jornadas de Babilonia. Para no tomar de nuevo un camino en que todos los recursos estaban agotados, hicieron su famosa retirada los Diez mil por el valle del Tigris.

(4) Zósimo III, 26. Sin embargo dice en el § 29 que más tarde se arrepintió el ejército de haber destruido sus barcos. Pero los soldados olvidaban entonces, como todos los historiadores, que la flota no podía remontar el río.

y á retaguardia, pero no se atrevían á un empeño en regla. Como se estaba en el solsticio del estío, el sol tostaba los campos, y los persas prendían fuego por varios puntos á los hierbazales secos; de manera que había que guardarse de dos enemigos: del incendio, que devoraba los forrajes necesarios para los caballos, y los guerrilleros del Sasánida.

Ninguno de sus ataques tuvo éxito (1); pero uno fué al fin fatal. Acababa Juliano de rechazar victoriosamente, cerca de Tummara, un cuerpo de catafractarios, cuando se produjo desorden en otro punto, y allá fué sin tomarse tiempo para ponerse la coraza. En la refriega un dardo lanzado al azar lo hirió mortalmente. Queriendo arrancárselo del costado, se desgarró la mano el príncipe con el doble filo del dardo y perdió el conocimiento. Llevado á su tienda sobre un escudo, volvió en su acuerdo y pidió su caballo para volver al combate; pero la sangre corría copiosamente de su herida. Comprendiendo que se acercaba su última hora, llamó á sus amigos, repartió entre ellos por testamento militar sus bienes privados y les dirigió palabras de resignación filosófica.

Sin embargo, cuando preguntó por Anatolo, el jefe de su servidumbre, y contestó Salustio (2) que había sido *dichoso*, queriendo decir que había caído como soldado en el campo del honor, se afligió por la muerte de su amigo quien veía venir la suya con tanta indiferencia.

Todos los circunstantes lloraban viendo al príncipe arrebatado en lo mejor de su vida á su afección ó á sus esperanzas. Juliano reprimió sus lágrimas, que hubieran parecido un reproche á los dioses y llamando á sus dos filósofos, Máximo y Prisco, departió con ellos sobre los inmortales destinos del alma. Sus consejos le eran inútiles, como quiera que creía á pie juntillas que iba á subir al cielo á gozar eterna mansión entre los astros (3).

Durante este coloquio último y supremo, se hizo difícil su respiración; pidió agua, bebió y expiró sin agonía. Era la muerte de un sabio.

No había cumplido aún los treinta y dos años de edad ni los veinte meses de reinado (26 junio 363), y sin que ningún revés hubiera humillado su fortuna, caía víctima de su imprudente valor. A vivir, hubiera vuelto sin duda victorioso, y ciertamente no hubiera firmado nunca el tratado de Joviano.

CAPÍTULO CVIII

JOVIANO, VALENTINIANO Y VALENTE (26 JUNIO 363—9 AGOSTO 378)

I. — JOVIANO (26 junio 363. — 16 febrero 364).

La noticia de la muerte de Juliano llenó de júbilo á los cristianos. El pagano Libanio los acusa de haber pagado al asesino, cosa absurda; y un historiador de la Iglesia dista poco de reclamar para uno de ellos esta gloria: esto es ya odioso. San Gregorio, más bíblico, lo hace caer bajo la

(1) El más importante ocurrió el 22 de junio en un lugar llamado Maronga. Los persas no se sostuvieron más que un momento, á pesar de sus arqueros, elefantes y jinetes cubiertos de hierro.

(2) Este Salustio prefecto del pretorio es un personaje distinto del antiguo amigo de Juliano, pues el príncipe recibió en el Eufrates despachos de Salustio, prefecto de las Galias (A. Marcelino, XXIII, 5).

(3) ... *Caelo sideribusque conciliatum*. Son las mismas palabras de Juliano algunos momentos antes de expirar (A. Marcelino, XXV, 3).

Los cristianos lo llaman *apóstata*, injuria inmerecida, porque se había abusado de su infancia y de sus desgracias para hacerle entrar por fuerza en la Iglesia, y lo ponen en el número de los perseguidores con la misma injusticia, puesto que recomendó y practicó siempre la tolerancia con las personas (4).

La guerra indirecta, hecha por Juliano al cristianismo, no deja de tener semejanza, en sentido inverso, con la de Constantino al paganismo. Si perecieron cristianos, fueron víctimas de sediciones populares, ó condenados por actos calificados por la ley de crímenes comunes, como la destrucción de los templos, la fractura de estatuas consagradas, la negativa de obediencia ó la sedición militar. Estos actos eran consecuencia inevitable del advenimiento de un emperador pagano.

Pero debe responder de la persecución moral que ejerció y de su culpable tolerancia respecto de los tumultos paganos. Es bastante para que seamos severos con el político que fué un sectario aplicando una viva inteligencia á una empresa imposible y por consiguiente peligrosa, y que lo hubiera sido, sobre todo, á sí mismo, si la hubiera proseguido durante más años. Como marchaba al revés del mundo, cayó; era inevitable. Pero la historia será clemente con el hombre, en razón de sus virtudes, con el general, por sus cualidades militares, con el literato extraviado en el trono, que había soñado un ideal de perfección. Los soñadores de esta especie son raros entre los príncipes: por lo mismo debemos honrar á éste (5).

Esta muerte en lo mejor de la edad impresionó vivamente la imaginación de los contemporáneos. Los paganos contaban que la noche precedente, en ocasión de hallarse velando en su tienda, hubo de ver pasar silenciosamente, triste y velado con un velo fúnebre, el Genio del imperio, que en Lutecia le había prometido el reinado y ya lo abandonaba. Era un recuerdo clásico de la aparición que anunció al último Bruto su próxima muerte.

Por su parte los cristianos inventaron otra leyenda. Herido del golpe mortal, Juliano hubo de lanzar al cielo cólera mirada exclamando: «¡Venciste, Galileo!» Las palabras no se pronunciaron, pero el ideal era exacto: el paganismo acababa de dar su última batalla; la había perdido y moría de su derrota.

mano de los ángeles. Las invectivas contra el *Apóstata* empiezan y acaban con una especie de himno en que respira una alegría feroz.

«Pueblos, escuchad lo que voy á decir; escuchad mis palabras, vosotros los que existís hoy, y vosotros los que existiréis mañana, y pluguiera á Dios que llegara mi voz hasta el coro de los ángeles, que han exterminado al tirano... Ese á quien sus manos acaban de inmolarse, era la serpiente tortuosa, el Apóstata, el azote de Israel y del mundo. ¡Despierta, polvo del gran Constantino! y si queda al-

(4) Eutropio: *religionis Christianae insectator, perinde tamen ut cruore abstineret*; y San Jerónimo, en su *Crónica*: *blanda persecutio fuit, illiciens, magis quam impellens, ad sacrificandum*.

(5) Véase el retrato que hace de Juliano A. Marcelino (XXV, 4): *Vir profecto heroicis connumerandus ingenii*; San Agustín (*de Civ. Dei*, V, 21) dice de este príncipe: *egregia indoles*.

gún sentimiento en tu sepulcro, escucha mi voz. Venid también, generosos atletas, defensores de la verdad, que habéis sido desterrados de vuestra patria terrestre, yo os convoco á estos regocijos. Y tú que nos habías prohibido la palabra ¿cómo has caído en el eterno silencio?»

«Cuánto más no valen que esta elocuencia rencorosa y destemplada estas otras sencillas palabras de un poeta cristiano: «Era un valeroso caudillo en el combate y un legislador famoso. Con su brazo y su consejo sirvió bien al Estado; pero no sirvió á la religión. Adorador de mil divinidades, no tuvo fe en el Dios verdadero; la tuvo sin embargo en la patria.»

La muerte de Juliano que causó tanto júbilo en la Iglesia, fué una desgracia para el imperio: el desaliento penetró en el corazón de los soldados y la indisciplina en el ejército; doble síntoma precursor de un desastre.

La mañana del 27 de junio se celebró un gran consejo bajo la tienda imperial. Los antiguos oficiales de Constancio pretendían que el sucesor de Juliano fuera elegido de entre ellos, y los jefes del ejército de las Galias, Nevita y Dagalaif, solicitaban la púrpura para uno de los suyos. Se ofreció á Salustio, prefecto del pretorio, que se excusó con su edad, y se desestimó el parecer emitido acaso por Amiano Marcelino, de esperar, para la elección, á que se hubieran reunido los dos ejércitos de Juliano y de Procopio.

Mientras los jefes deliberaban, algunos impacientes proclamaron á Joviano, el comandante de los guardias, que era originario de Panonia, como todos los emperadores de un siglo atrás, y apenas tenía treinta y tres años. Su padre, conde de los domésticos, le había abierto el camino, y bien que no tuviera más que cualidades comunes, sin esplendor ni talento, y que sobre esto fuera tímido, comilón y aficionado al vino y á las mujeres, fué rápidamente impulsado á los grados superiores. Como hacía pública confesión de fe cristiana, los cristianos sin duda fueron los que precipitaron su elección y la multitud aplaudía, ansiosa de tener un jefe.

Engañados los galos al principio por la consonancia de los dos nombres *Joviano* y *Juliano*, creyeron que estas aclamaciones celebraban la vuelta de su príncipe á la vida. «Pero cuando vieron, dice Amiano, avanzar aquel gran cuerpo encorvado, comprendieron la triste verdad y prorrumpieron en sollozos.»

Con un príncipe hábil, no hubiera sido peligrosa la situación del ejército: la última batalla había sido muy sangrienta para los persas, que hubieron de perder en ella sus dos mejores generales, cincuenta sátrapas ó personajes de gran cuenta, gran número de soldados y casi todos los elefantes. Pero la muerte de Juliano había impedido á los romanos aprovecharse de su victoria: el enemigo estaba cerca, Procopio á 100 millas de distancia (1) y los víveres escaseaban. Hubiera sido menester una voluntad enérgica para mandar y una mano firme para hacerse obedecer, y Joviano no tenía una cosa ni otra. Los soldados gritaban diciendo que era preciso repasar cuanto antes el Tigris; los dioses se hicieron cómplices de estos temores, ó más bien

(1) Menos de 40 leguas. A. Marcelino, que desde el incendio de la flota está descontentadizo, exagera la difícil situación del ejército. Desde que se alejó éste de Tesifonte, habla de la escasez de los víveres, de que al parecer no careció nunca el ejército, pues en el tratado con Sapor, no se estipuló que los persas suministraran provisiones. Su texto está alterado en esta parte. Zósimo al contrario (III, 27, 28) que parece escribir según un diario de marcha, habla de ciudades, numerosas en aquella fértil región, en que los romanos hallaban τροφήν ἀφθόνον, y en tal abundancia, que tenían que destruir lo que les sobraba. Los generales de Caro después de la muerte de su príncipe habían conducido el ejército por este mismo camino, sin que sufriera escasez.

dieron un prudente consejo: en las entrañas de las víctimas leyeron sus sacerdotes que Joviano sería victorioso, si el ejército continuaba adelante.

¿Conservaba el nuevo príncipe algún respeto á las revelaciones obtenidas en los sacrificios, ó no hizo más que ceder á los clamores de los soldados y al parecer de los jefes experimentados en cosas de guerra?

No se sabe; pero dió orden de pasar el río. Por desgracia se hizo mal la operación, habiéndose perdido dos días en construir un puente de barcas que la corriente del Tigris se llevó.

En tales momentos instruyó Sapor á su deseo por un tráfuga, enemigo personal de Joviano, del desorden del ejército romano y de la incapacidad de su nuevo jefe, se resolvió á prevenir la reunión muy peligrosa para él, de los dos ejércitos contrarios, procurando ganar con un tratado lo que no se atrevía á esperar de una batalla.

En efecto, propuso la paz á condición de que los dos imperios volvieran á los límites que habían tenido antes del glorioso tratado de 297. Era para los romanos la pérdida de las cinco provincias transtigritanas, de las dos valerosas ciudades de Nisibe y de Singara, los dos baluartes de la Mesopotamia, y el abandono de la Armenia, cuya útil alianza se había asegurado Roma con cuatro siglos de esfuerzos.

Joviano estaba intranquilo esperando la resolución que tomaría Procopio, á quien Juliano, según se creía, había destinado el imperio (2). El interés personal le hizo olvidar el interés público, y aceptó las vergonzosas condiciones de Sapor.

Se le ha querido disculpar recordando que Adriano había renunciado á las efímeras conquistas de Trajano, Aureliano á la Dacia, Diocleciano á muchas jornadas de camino en el desierto de los blemeyes; pero estos príncipes habían tomado de suyo y en toda libertad dos grandes medidas de policía para dar al imperio mejores fronteras. El tratado de Joviano era una capitulación en campo raso, y así lo entendía Sapor. «Es vuestro rescate,» decía á aquel ejército, que no había sido vencido ninguna vez, *pro redemptione*.

En vano los habitantes de Nisibe ofrecieron defender solos su ciudad, que tantas veces había detenido á los persas, pues recibieron orden de salir de ella bajo pena de muerte. La Armenia igualmente sacrificada perderá en breve muchas provincias. Arsaces, su rey, será hecho prisionero, y la gran fortaleza que cubría al Asia romana quedará en poder ó bajo la influencia del enemigo hereditario.

En Nisibe hizo matar Joviano al jefe de los notarios, de su mismo nombre, el cual había tenido algunos votos para el imperio. Procopio era más peligroso: no se atrevió á herirlo á la cabeza de su ejército; pero le retiró el mando para darle el encargo de conducir á Tarso, al pie del Tauro, el cuerpo de Juliano, que había querido reposar lejos de Constantino y de su hijo, cerca de una ciudad en que el paganismo estaba aún floreciente y que conservaba el sepulcro de un violento enemigo del cristianismo, el emperador Maximino.

A creer al obispo de Nacianzo, la tierra hubo de agitarse al contacto del cuerpo del impío y arrojarse de su seno aquel polvo sacrilego. Para los paganos, el sepulcro de Juliano fué un templo, y en él grabaron este epitafio: «Aquí yace Juliano, muerto en el campo de batalla más allá del Tigris, excelente emperador y valeroso guerrero.»

(2) Joviano tenía conciencia de su poco mérito, y todavía el tratado con Sapor hubo de aumentar sus temores de ver surgir un rival que le disputara el imperio (Am. Marcelino, XV, 8 y 9).

Terminados los funerales, desapareció Procopio y ocultó su retiro á todos los ojos. Ya lo veremos reaparecer en 365, investido de la púrpura imperial.

A principios de octubre llegó Joviano á Antioquía, cuya incorregible población no recibió con sarcasmos. De esta ciudad fué á Tarso, donde hizo ejecutar algunas obras de ornato en el mausoleo de Juliano, pasó el Tauro y de vuelta en Tiane de Capadocia, recibió á los diputados de las Galias.

Los soldados no habían querido creer la muerte de Juliano, y una sedición hubo de costar la vida á dos de los enviados del emperador, siendo uno de ellos Luciliano, su suegro (1). Pero el general Jovino lo había calmado todo, y la diputación trajo al príncipe el juramento de fidelidad del ejército galo. En Ancira tomó el consulado, con su hijo que era un niño aun en mantillas; algunos días después terminaba en Dadartana, pueblo de la Bitinia, su pálido y triste reinado de siete meses.

En efecto, una mañana se lo encontraron muerto en su cama: la víspera, después de una abundante cena, hubo de retirarse á un aposento recién blanqueado con cal, donde para templar el frío ambiente se encendió una estufilla de carbón, cuyos vapores lo asfixiaron (16 feb. 364).

Ha de tenerse en cuenta á este príncipe su moderación religiosa. Cristiano, no provocó reacción ninguna contra el paganismo, que no estando sostenido por la mano del príncipe, se extinguió para no reaparecer jamás. Devolvió á la Iglesia los privilegios que Constantino le había concedido, reduciendo, sin embargo, á una tercera parte la anona suministrada á sus ministros, y levantó el destierro al indomable atleta de la ortodoxia, el obispo Atanasio, quien con su independencia habitual, no había esperado el rescripto imperial para volver á Alejandría. Pero cesó en las disputas teológicas en que se habían extraviado Constantino, Constancio y Juliano.

Temistio, que continuó intrépidamente desempeñando el cargo de orador oficial del nuevo príncipe, después de haberlo sido de sus dos predecesores, le decía estas prudentes y bellas palabras:

«Dios, que ha puesto en el corazón de la humanidad el sentimiento religioso, se deja adorar según las formas que á cada uno convienen. El derecho de aspirar á él siguiendo las vías ó medios que se han elegido no se destruye con las confiscaciones, con las torturas ni con la muerte. Del cuerpo desgarrado vuela el alma llevándose una conciencia libre.»

Joviano promulgó una ley general de tolerancia y por consiguiente de libertad para todos los cultos (2). El espíritu del edicto de Milán, perdido hacía medio siglo, aparecía de nuevo: un príncipe de mediana inteligencia había encontrado en la sencillez de su corazón una verdad desconocida por otros más grandes que él.

II. — VALENTINIANO (1 marzo 367. — 17 nov. 375).

Mientras el cuerpo de Joviano era conducido á Constantinopla para darle sepultura cerca de los dos emperadores, cuya vecindad no había querido Juliano, se encaminó el

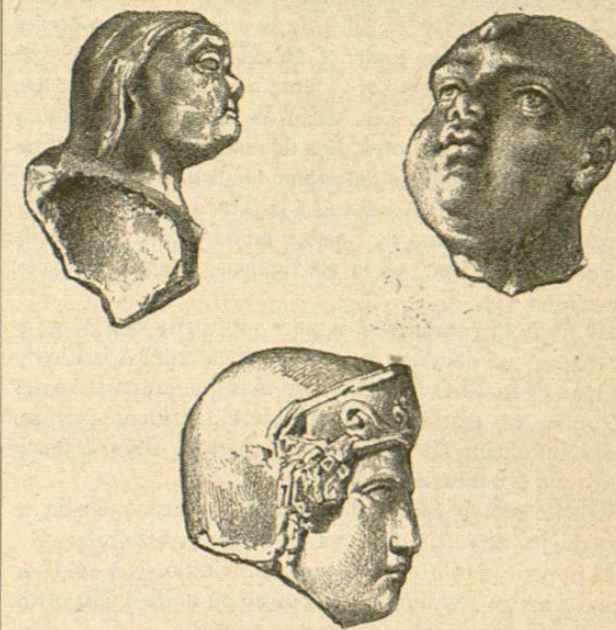
(1) Valentiniiano pudo escaparse de la muerte gracias á su pronta fuga. Joviano había nombrado maestre de la milicia en Galia al franco Malarico, que había rehusado este cargo (A. Marcelino XV, 8 y 10).

(2) Esta ley no está en el Código ni pudo ser insertada por los juriscónsultos de Justiniano; pero Temistio, en su *Discurso V*, de que tomamos las palabras que acabamos de citar, atestigua su existencia, de manera que no cabe dudar. En cuanto á las monedas de Joviano las hay que con la leyenda VOTA PUBLICA, tienen los mismos tipos

ejército á Nicea, donde los jefes civiles y militares se ocuparon en el grave asunto de dar un nuevo príncipe al imperio.

Salustio rechazó otra vez la púrpura por sí y por su hijo: «Yo soy ya demasiado viejo, contestó, y mi hijo demasiado mozo.» Después de largas pero pacíficas discusiones, recayó la elección en Valentiniano, jefe de la segunda escuela de *escutarios*, ó guardias del príncipe (3).

El 26 de febrero de 364 formaron las tropas en una inmensa llanura, en cuyo centro se alzaba un tribunal. Valentiniano subió á él, y habiéndolo proclamado Augusto el ejército, se puso las insignias imperiales y se ciñó la corona. Pero cuando quiso dirigir la palabra á aquella multitud



Fragmentos de bustos en barro de Tarso. (Museo de Louvre).

armada, se levantaron por todas partes grandes clamores. Trabajados probablemente de antemano por los que tenían interés en que hubiera dos cortes, un doble orden de funciones y dos donativos, reclamaban los soldados un segundo emperador, y en bien del imperio tenían razón en reclamarlo. Esta solución era tan necesaria que de ochenta años atrás se venía imponiendo á todos los príncipes. Gracias á su fama que mantenía á los bárbaros en respeto, no tuvo Juliano necesidad de un colega en Milán ó en Tréveris, durante su reinado, por otra parte tan breve. Su amigo, el prefecto Salustio, guardaba la Galia, y la Galia bien guardada, nadie se movía en el Occidente. Pero su muerte había mostrado el peligro de dejar la sucesión incierta y el gobierno al azar de un incidente de guerra.

Valentiniano aceptó con repugnancia la imposición á la vez interesada y patriótica de los soldados, y prometió resolver después de maduro examen y detenida reflexión.

que ciertas monedas de Juliano: Isis lactando á Horo, Isis y Osiris, Isis y Anubis, ó solamente Anubis, Harpócrates, etc. Se ve que el cristianismo de Joviano no era muy sólido: los sacrificios hechos después de su elección nos lo habían ya indicado.

(3) Nacido en Cibala de Panonia, en 321. Los escutarios y los protectores tenían, como los antiguos guardias de corps de nuestros reyes, categoría de oficiales. En el momento de las turbaciones de Africa, causadas por la incuria del gobernador Romano, Valentiniano encargó á un notario para los negocios civiles, y á un escutario y á un protector para los militares, de ir á restablecer el orden en aquella provincia. El tribunado de los escutarios era pues una función elevada.